

EQUIPOS DE NUESTRA SEÑORA – CANADÁ

ENCUENTRO NACIONAL 2026

«VOLVER A LA FUENTE»

PRESENTACIÓN: CONFERENCIA N.º 1: VOLVER A LA FUENTE

ORADOR(ES): MONS. MAKARIOS WEHBI

FECHA / SESIÓN: VIERNES 21 DE AGOSTO – DE 19:30 A 20:00 H

IDIOMA ORIGINAL: FRANCÉS

INTRODUCCIÓN: El jubileo de la savia

Queridos hermanos y hermanas, queridos matrimonios equipistas, queridos consejeros espirituales:

¡Qué alegría encontrarnos aquí, en Montreal, para celebrar un río de gracias que fluye desde hace setenta años! En 1956, los primeros Equipos de Nuestra Señora echaron raíces en tierra canadiense. Setenta años después, el árbol ha crecido, ha resistido los inviernos, ha dado fruto, y hoy estamos aquí para mirar el futuro con una esperanza renovada.

Pero celebrar un aniversario, para un movimiento de espiritualidad conyugal, no consiste simplemente en hojear un álbum de recuerdos o aplaudir una historia pasada. Consiste en hacer lo que Cristo nos pide hoy: **volver a la fuente**.

¿Y cuál es esa fuente? No es una idea, no es una estructura administrativa, no es un simple método. La Fuente es una Persona. Es Cristo Jesús quien nos dice, en el corazón del Evangelio de San Juan:

«Permanezcan en mí, como yo en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, tampoco ustedes pueden dar fruto si no permanecen en mí.» (Jn 15,4)

El Padre Henri Caffarel, nuestro fundador, cuya reflexión teológica guía nuestros pasos, tenía una conciencia muy clara de esta necesidad absoluta de estar arraigados en Cristo. Escuchemos lo que escribía a los matrimonios para arrancarlos del activismo estéril y superficial:

«La actividad cristiana no debe ser agitación, sino el desbordamiento de una intensa vida interior. [...] Lo primero que importa no es el hacer, sino el ser. Y nuestro ser cristiano se alimenta de la Fuente que es Cristo.»

Hoy, en 2026, en un mundo complejo y secularizado, donde el matrimonio se ve tan frecuentemente debilitado, ¿cómo podemos, como matrimonios cristianos, vivir y crecer en la fe? ¿Cómo asegurarnos de

que nuestro matrimonio sea verdaderamente un camino de santidad y no simplemente una convivencia cristiana?

Durante esta hora que compartimos, les propongo un itinerario en tres etapas, guiados por la mano del Padre Caffarel y el magisterio de la Iglesia:

1. **La inhabitación divina:** comprender lo que significa que «Dios habita en nosotros y nosotros habitamos en Él» en el corazón del matrimonio.
2. **El matrimonio, sacramento de la savia:** redescubrir la teología del Padre Caffarel sobre la santidad conyugal.
3. **Los Puntos Concretos de Esfuerzo:** los canales por los cuales la savia evangélica circula en nuestra vida cotidiana para arraigarnos en Cristo.

PRIMERA PARTE: La Inhabitación Divina – El misterio del matrimonio-templo

Para comprender las palabras de Jesús: «Yo habito en ellos y ellos habitan en mí», debemos realizar un cambio de perspectiva. Con frecuencia concebimos la fe como un esfuerzo vertical para alcanzar a un Dios lejano. El Padre Caffarel, siguiendo la gran tradición mística de la Iglesia, nos recuerda que Dios ha hecho su morada en nosotros.

El Padre Caffarel proclamaba con fuerza esta verdad invisible:

«El gran secreto del matrimonio cristiano no es que el hombre y la mujer se amen, sino que Cristo habita en su amor. [...] El hogar cristiano es el lugar de la inhabitación trinitaria en medio del mundo.»

Este es el misterio de la inhabitación de la Trinidad trasladado al corazón de la comunidad familiar. La Iglesia, a través del Concilio Vaticano II y de la exhortación *Familiaris Consortio*, consagró esta intuición al hablar de la «Iglesia doméstica». El hogar no es simplemente el lugar donde viven cristianos; es el lugar donde vive Cristo.

El Padre Caffarel interpelaba a los matrimonios sobre este injerto divino en el corazón mismo de la vida conyugal:

«Cristo no es exterior al amor de los esposos; por el sacramento, penetra ese amor, lo toma para sí, lo habita como su propia morada.»

Tomen conciencia de esta realidad, queridos equipistas. Cuando la vida cotidiana se vuelve pesada, cuando el cansancio se instala, cuando los inviernos de la existencia ponen a prueba al matrimonio, «habitar en Él» significa recordar que no extraemos nuestras fuerzas de reservas humanas limitadas, sino del depósito infinito de la gracia divina.

Al Padre Caffarel le gustaba utilizar una imagen clásica pero profunda para explicarlo: la esponja. Si colocamos una esponja en el océano, la esponja está en el océano, pero el océano también está en la

esponja. Así sucede con quienes permanecen en Jesús. Están sumergidos en su amor y, al mismo tiempo, su amor los penetra completamente.

Habitar en Jesús, para un matrimonio de los Equipos de Nuestra Señora, significa negarse a dividir la vida en dos partes: por un lado, la vida espiritual (la misa dominical, una oración rápida) y, por otro, la vida cotidiana (el trabajo, los hijos, las finanzas, la sexualidad). Todo está unido. Si Cristo habita en nosotros, entonces la mesa de nuestra cocina es tan sagrada como el altar de la iglesia, porque allí se vive la caridad concreta.

Precisamente esto es lo que enseña la Iglesia cuando recuerda que el matrimonio es un sacramento permanente. No terminó el día de la celebración litúrgica. Es una fuente siempre actual, una savia que no deja de fluir. Cada mañana, Cristo está presente en el corazón de nuestro hogar y nos invita a beber de su propia vida.

SEGUNDA PARTE: El matrimonio, camino de santidad – La revolución de la espiritualidad conyugal

Durante siglos se pensó que para llegar a ser santo era necesario retirarse del mundo, entrar en un convento o abrazar el sacerdocio. El matrimonio era visto, en ocasiones, como una concesión a la debilidad humana o simplemente como una institución orientada a la procreación.

La gran intuición profética del Padre Caffarel, adelantándose varias décadas al Concilio Vaticano II, fue proclamar con claridad que el matrimonio es un auténtico camino de santidad.

Escuchemos las palabras de la Carta Fundacional de 1947, que revolucionaron la pastoral familiar:

«No existen dos categorías de cristianos: unos llamados a la perfección y otros laicos que no estarían llamados a ella. El matrimonio es un camino pleno de santidad. [...] La materia de vuestra santidad es vuestra vida cotidiana, vuestro amor humano santificado por la gracia.»

Esta santidad no consiste en ser matrimonios perfectos, sin conflictos, heridas o dificultades. Ser un matrimonio santo significa aceptar ser sanado y transformado por la gracia. Cristo no vino a destruir el amor humano; vino a bautizarlo. Toma nuestro amor tal como es, con sus impulsos y sus límites, y derrama en él su propio amor: el ágape, el amor que perdona, el amor que se entrega sin esperar nada a cambio.

Sin embargo, este camino exige una conversión radical. No permanecemos en Cristo sin aceptar la obra del Viñador que poda los sarmientos. Para que el matrimonio crezca, es necesario aceptar morir al propio egoísmo. Este es el corazón mismo de la espiritualidad de la cruz vivida dentro del matrimonio.

El Padre Caffarel lo expresaba con una lucidez extraordinaria:

«El peligro que amenaza al matrimonio no es tanto el odio como el egoísmo de dos: ese repliegue celoso sobre la felicidad privada que cierra las puertas del hogar a los llamados de la Iglesia y del mundo. Un matrimonio cristiano debe estar abierto, o deja de ser cristiano.»

Esta santidad conyugal posee además una dimensión eclesial fundamental. Un matrimonio arraigado en el Evangelio se convierte en un faro. El Papa Francisco, en *Amoris Laetitia*, hace eco de este pensamiento cuando afirma que el matrimonio es un «signo vivo» del amor de Cristo por la Iglesia.

El mundo de hoy no necesita solamente grandes discursos sobre Dios. Necesita contemplar rostros concretos de hombres y mujeres que se aman con un amor verdadero, fiel y capaz de perdonar. Un matrimonio cristiano santo constituye uno de los testimonios más poderosos que pueden ofrecerse a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

TERCERA PARTE: Los Puntos Concretos de Esfuerzo – Los canales de la savia evangélica

Llegamos ahora al corazón práctico de nuestro «retorno a la fuente».

¿Cómo permanecer concretamente en la Vid? ¿Cómo fluye la savia desde la raíz hasta los sarmientos que somos nosotros?

El Padre Caffarel, profundamente realista, sabía que los buenos sentimientos no bastan. Por eso estructuró los Equipos de Nuestra Señora alrededor de los Puntos Concretos de Esfuerzo. No los consideraba una ley rígida ni una lista de obligaciones, sino una disciplina de amor, medios concretos de crecimiento espiritual.

Escuchemos sus palabras durante la histórica reunión de Chantilly:

«Las disciplinas que les proponemos no son leyes arbitrarias, sino medios de crecimiento. Son como los tutores necesarios para una planta joven, para que crezca recta y no se doble bajo el viento de las costumbres y del espíritu del mundo.»

Veamos algunos de estos puntos a la luz de nuestro tema: «Permanecer en Él».

1. La escucha de la Palabra de Dios y la oración personal

Para habitar con alguien, es necesario escuchar su voz y permanecer en su presencia.

La oración personal es el momento en que el sarmiento bebe directamente de la fuente, en el silencio.

El Padre Caffarel fue un gran maestro de la oración para los laicos. Inspirándose en Santa Teresa de Ávila, escribía:

«La oración es un trato íntimo de amistad en el que se conversa frecuentemente a solas con ese Dios del que sabemos que nos ama. [...] Para el laico absorbido por las obligaciones del mundo, es un ancla indispensable.»

2. La oración conyugal

Es la voz de la Iglesia doméstica que se eleva hacia el Padre.

Orar en pareja no significa simplemente rezar dos oraciones individuales una al lado de la otra. Es una oración única, la de una sola carne que se vuelve hacia su Creador.

Cuando un esposo y una esposa oran juntos, Cristo está presente fielmente en medio de ellos, irrigando su amor humano con su propia caridad.

3. El Deber de Sentarse

Es el momento de la poda necesaria para que el sarmiento dé más fruto. Es el arte del diálogo vivido en Dios.

«El Deber de Sentarse es esa pausa necesaria, realizada periódicamente bajo la mirada de Dios, en la que los esposos se esfuerzan por vivir en la verdad consigo mismos y con su matrimonio. No es un tribunal humano; es una exposición común a la luz de Cristo.»

4. La Regla de Vida y el Retiro

En un mundo caracterizado por la dispersión y la distracción permanente, la Regla de Vida y el retiro anual nos ayudan a mantenernos centrados en lo esencial.

Nos arrancan del torbellino de nuestras ocupaciones para volver a colocarnos frente a la Fuente, permitiéndonos reparar lo que está dañado y reavivar la llama de los primeros días.

CONCLUSIÓN: ¡En camino hacia los próximos 70 años!

Queridos amigos, hermanos y hermanas de los Equipos de Nuestra Señora:

Al término de esta reflexión, mientras las campanas de este 70.º aniversario resuenan aquí en Montreal y en todo Canadá, el Padre Caffarel se dirige a cada uno de nuestros matrimonios con inmensa ternura y una santa exigencia. Nos recuerda que la aventura de la santidad conyugal apenas comienza.

No permitamos que la rutina apague nuestro carisma. No permitamos que el desánimo nos haga creer que el modelo del matrimonio cristiano está superado o que es imposible vivirlo. Cuanto más se aleja el mundo de los valores de la fe, más necesita matrimonios profundamente arraigados, matrimonios cuya savia sea pura, matrimonios que rebosen de la alegría del Evangelio.

¡Avancen con confianza! Su amor es grande y su vocación es santa. No teman las exigencias del Evangelio, porque Cristo nunca pide nada sin dar también la fuerza necesaria para cumplirlo. Sean sarmientos vivos, cargados de frutos. Permanezcan en Él, habiten en Él, y que sus hogares sean fuentes donde el mundo de mañana venga a beber esperanza.

Santa María, Nuestra Señora, tú que fuiste la primera en ofrecer tu morada para que el Verbo habitara en ella, protege a los Equipos de Nuestra Señora de Canadá. Guíanos siempre hacia la Fuente.

Amén.

¡Feliz Jubileo para todos!